

Valentín Letelier

## La influencia de don Diego Barros Arana en la instrucción pública (1)



NO CREO que haya en Chile persona medianamente instruida que no tenga noticia de los perseverantes esfuerzos hechos por los gobiernos de la República para instituir y difundir la enseñanza nacional. Pero sí creo, que por lo general, no se ha notado que ellos han organizado esta grande empresa de cultura bajo la inspiración sucesiva de no más de tres o cuatro eminentes educacionistas, entre los cuales han descollado los señores don Andrés Bello y don Diego Barros Arana.

En efecto, durante más de treinta años, desde que pisó nuestro territorio hasta que sobrevino su fallecimiento (1865), el señor Bello fue asesor permanente de los organizadores y directores de la instrucción pública. Si su influencia no se ve todavía bien de relieve en la historia del servicio docente, es porque en su calidad de extranjero no le gustaba aparecer en público tomando la iniciativa de las reformas y prefería mantenerse en la penumbra desempeñando el modesto papel de consejero áulico.

Mas, cuando se leen los luminosos artículos que publicaba sin firma en *El Araucano* y los acabados discursos que solía pronunciar

---

(1) Discurso pronunciado en el homenaje rendido por el Ateneo de Santiago en su sesión de 17 de agosto de 1902.

en las sesiones solemnes de la Universidad, se llega a la conclusión de que la cuasi totalidad de los progresos que durante aquel período se realizaron en el ramo de la instrucción pública, fueron, en parte principal, frutos madurados de su inspiración y de sus empeños.

Inmediato continuador de su obra y heredero de su influencia, fue aquel cuyo nombre está en los corazones de todos los presentes. Como se sabe, don Diego Barros Arana asumió el cargo de rector del Instituto Nacional en los precisos momentos (1863) en que el cetro de la instrucción pública caía por su propio peso de las manos desfallecientes de don Andrés Bello, ya muy debilitado por los trabajos y los años; y apenas habían corrido unas pocas semanas desde su nombramiento, cuando ya se empezó a sentir el impulso fecundo y vigoroso de su actividad y de su talento.

A la verdad, no se pueden apreciar justamente los beneficios que debemos a su iniciativa si no se tiene alguna idea de los vicios y defectos que por aquellos años maleaban la enseñanza nacional, vicios y defectos que por su vetustez se imponían con la autoridad de cosa juzgada y que él hubo de extirpar con impertérrita valentía.

A la época en que él asumió el rectorado, la instrucción general, de índole puramente literaria, estaba cortada según el molde clásico, y el estudio de las ciencias, sospechoso de inducir en materialismo, era vivamente combatido. Sus lecciones se daban y se recibían a libro abierto, y tanta importancia se atribuía a los textos, que los profesores habían dejado de ser profesores, puesto que se abstendían de enseñar cosa alguna y habían asumido el papel de meros fedantes, puesto que concretaban sus funciones a certificar que los instruendos aprendían de memoria dos o tres páginas en cada día. Para los estudiantes, aquellos textos, generalmente muy flacos y menesterosos, contenían la enciclopedia entera de los conocimientos humanos, y ninguno adquiría la menor idea del inconmensurable desarrollo del saber, porque se les prohibía en absoluto la lectura de libros extraños. Por último, aún cuando las bases del servicio docente de la República estaban fundadas desde los tiempos de Bulnes y aun cuando durante veinte años se habían hecho perseverantes esfuerzos para me-

jorar la enseñanza, ello es que la que se daba en los liceos del Estado apenas se distinguía de la que se daba en los seminarios episcopales, y tanto por su naturaleza cuanto por su forma, no estaba en manera alguna dirigida al fin primordial de desarrollar la razón de los educandos.

Pues bien, es a la iniciativa de don Diego Barros Arana a quien principalmente se deben muchos de los cambios que desde 1863 se han operado en la enseñanza nacional y que han tenido por objeto adaptarla a sus fines sociales. Como si él no hubiera tenido necesidad de prepararse para reorganizar la enseñanza, a poco de asumir la dirección del Instituto Nacional, reformó los reglamentos, los horarios, los planes de estudio, y juntamente atendió a la formación del profesorado, a la redacción de nuevos textos de enseñanza, a la disciplina escolar, a la higiene del edificio, al desarrollo físico y a la moralidad de los alumnos, etc., etc.

Bajo su iniciativa se estimuló el amor a la lectura con el fomento de la biblioteca del Instituto Nacional y la apertura de sus puertas a los instruendos. El fue quien dio el primer golpe mortal a la enseñanza mecánica instituyendo en las aulas gabinetes, laboratorios y colecciones de objetos y rebajando los textos al papel subalterno de meros auxiliares del profesor. A sus empeños se debe principalmente el ingreso de las ciencias naturales en los planes de estudios secundarios; y son obras suyas o de sus colaboradores la cuasi totalidad de los textos que se han seguido hasta hoy en la instrucción secundaria. Merced a estas reformas, la enseñanza del Instituto Nacional se adaptó mejor a sus fines sociales, tomó definitivamente rumbo propio, perdió su vetusto carácter tradicional y, como es de presumir, quedó convertida desde entonces en objeto de hostilidad para los reaccionarios.

Apenas necesito declarar que en la realización de tantas y tan radicales reformas, contó con la inteligente cooperación de colaboradores idóneos. Bastaría recordar en comprobación los nombres de los señores Amunátegui, Andonaegui, Letelier (Sandalio), Lois, Philippi, Pizarro, Rengifo, Toro, Torres, Ugarte, etc., etc. Pero en honor de

nuestro eminente educacionista, se debe también advertir que los más de ellos, aun algunos de los más antiguos y meritorios, se amaestran mejorando su enseñanza bajo la inspiración de sus consejos y de su ejemplo. Comprendiendo que sus mejores propósitos fracasarían fatalmente si no formaba para secundarlos un cuerpo especial de cooperadores, dirigió a este fin gran parte de su actividad. Con este propósito suplantó los profesores de curso por los de asignatura, frecuentó sus clases para corregirles sus malos métodos y estimularles en el cumplimiento de sus deberes, reprimió con energía la enseñanza fonográfica que no enriquece la memoria sino a costa del desarrollo de la razón; se constituyó en miembro nato de todas las comisiones examinadoras para apreciar por sí mismo la labor anual de sus subalternos, y por último, fundó la mal apreciada institución de los repetidores, especie de internado pedagógico de aspirantes que se dejó morir cuando cesó de actuar a la cabeza del Instituto Nacional el sabio educacionista que había sentido su necesidad, que había adivinado su trascendencia y que le había dado vida.

Prueba brillante de la eficacia de esos esfuerzos es que a su sombra se formaron algunos de los mejores profesores con que hasta hoy se honra la República y que cuando las reformas se hubieron realizado, nuestro gran plantel de educación adquirió la fama de ser el primer establecimiento de enseñanza secundaria de América, y sus aulas se vieron concurridas por alumnos venidos de todas las Repúblicas del continente.

Pero su progresista influencia no quedó circunscrita dentro de los muros de aquel establecimiento. Aunque en el desempeño del cargo de Rector no tenía por qué preocuparse de la manera cómo se daba la enseñanza fuera del Instituto Nacional, ello es que de un modo u otro se extendió a toda la República el radio de su acción. Con leves modificaciones, sus horarios, sus reglamentos, sus textos y sus planes de estudio se adoptaron poco a poco en todos los liceos; y en todos también se trató de remedar los nuevos métodos didácticos implantados en el Instituto Nacional. Cuando se quería hacer alguna reforma en la enseñanza, se recurría a la experiencia del

hábil educacionista, y a su conocimiento del personal docente se pedían nombres cuando se trataba de proveer las vacantes del profesorado. En una palabra, se puede afirmar sin hipérbole que durante diez años la influencia de don Diego Barros Arana en la dirección superior del servicio docente fue realmente decisiva.

Por desgracia, este orden de cosas no fue eterno, ni siquiera muy duradero. Cuando más absorbido estaba en la tarea de desarrollar la cultura nacional, la reacción se propuso derribarle con el fin de adueñarse nuevamente de la instrucción pública y de hacerla servir al objeto de difundir el espíritu clerical (1872). Valiéndose de artes abominables, fomentó los desórdenes en el Instituto Nacional para probar que el más eminente de nuestros educacionistas no sabía dirigir el establecimiento que con sus esfuerzos se había elevado al más alto grado de esplendor; y para poner de manifiesto los propósitos liberales que la animaban, estableció bajo el nombre de libertad de exámenes, una libertad de comercio repugnante, que puso en el mercado público cosas que hasta entonces no se habían podido adquirir sino mediante el estudio y el mérito, cuales son, los certificados de saber. Los resultados que implícitamente se perseguían no se hicieron esperar largo tiempo, porque antes de un año se había acabado por completo la seriedad de los estudios, la probidad de las comisiones examinadoras se había convertido en hecho dudoso de la historia antigua y la enseñanza pública entera quedaba en escombros a la manera de una gran ciudad arruinada por infernal terremoto. Excusado es advertir que aquel que había sido principal cooperador de la obra del progreso, no se prestó a servir de cómplice en esta obra de disolución.

Después de aquel ignominioso desastre de la instrucción pública (desastre cuyos efectos se han hecho sentir hasta los últimos tiempos) nuestro eminente educacionista dejó de intervenir, directa y ostensiblemente, durante algunos años en la dirección de la enseñanza nacional. Pero sea cuando se alejaba de la República en desempeño de una misión diplomática, sea cuando se consagraba con incomparable modestia a desempeñar sus cátedras en el Instituto Nacional,

sea cuando reingresaba en el Consejo como decano de la Facultad de Humanidades, sea cuando aparecía completamente absorbido en la silenciosa elaboración de su *Historia de Chile*, o en la sabia defensa de los derechos de la República, nunca en circunstancia alguna dejó de vivir atento a las necesidades y a los progresos de la instrucción pública, que para él es el más sólido fundamento de la cultura nacional. Para los antiguos discípulos a quienes él ha distinguido con su afecto no fue en manera alguna motivo de sorpresa el que en 1893, merced a un movimiento incontenible del profesorado universitario, reapareciera a la cabeza de la enseñanza nacional con el propósito de perfeccionar su obra, no ya en el carácter de simple y oficioso consejero, sino en el de rector de la más alta de nuestras instituciones científicas.

Hacia aquel año, el maestro había ya cumplido los 60, esto es, había llegado a una edad en que por lo común el espíritu del hombre se muestra rebelde a la asimilación de nuevas ideas y a la realización de nuevos progresos.

Pero con sus actos él probó bien pronto que ni los años ni los contrastes habían debilitado su energía para adelantar la obra del progreso ni su inteligencia para comprender las nuevas necesidades de la enseñanza pública.

Hacia poco que había asumido las altas funciones del rectorado universitario, cuando ya tomaba bajo su patrocinio las radicales reformas pedagógicas que se habían acordado desde 1889 y que por diferentes causas no se habían realizado hasta entonces. Bajo su impulso vigoroso, se reformaron de nuevo los programas y los horarios, se generalizó la adopción del plan de estudios concéntricos, se adelantó con prudencia y perseverancia la renovación del personal docente, y en una palabra, la instrucción secundaria toda entró de lleno en un período de rejuvenecimiento, animada por un soplo fecundo de vida. Si todavía no se aprecian bien los beneficios de estas reformas, es, señores, porque hay semillas cuya germinación y cuyo desarrollo demoran tan largo tiempo que no siempre alcanza a gozar de sus frutos la generación que las siembra.

Señores, en cualquier Estado donde la administración pública no viva expuesta a los vaivenes políticos, servicios tan relevantes habrían sido méritos más que sobrados para vincular vitaliciamente en la cabeza de nuestro sabio educacionista la propiedad del más elevado cargo de la organización docente. Pero en Chile no ha sucedido así, porque a contar desde el día en que la enseñanza nacional dejó de ser enseñanza clerical, cada vez que la reacción ha recommenzado su obra de zapa contra nuestro progreso político, ha dirigido todos sus conatos a desorganizar la instrucción pública, y para realizar tan funesto propósito, ha empezado por declarar la guerra a su más insigne campeón, a su más caracterizado representante, al señor don Diego Barros Arana.

Por eso, cuando se ha intentado eliminar y contrarrestar la justa influencia que él ejercía como educacionista en la dirección del servicio docente, la enseñanza nacional se ha sentido agitada por la inquietud del aislamiento y el desamparo, y se ha encontrado expuesta, como una dama sin paladín, a los más groseros ultrajes de la maldad y la ignorancia.

Pero más vale doblar por hoy la hoja.

Para la observación superficial, los servicios que rápidamente dejo enunciados son los que han formado y cimentado la reputación de que goza el señor Barros Arana como educacionista. Pero, si ellos bastan, por cierto, a explicar la aureola de amor y de respeto que circunda su personalidad, no bastan a explicar por qué la República toda, sin distinción de nacionalidades, le mira como el maestro por excelencia de la juventud chilena. ¿Cuál sería entonces la explicación? A mi juicio, se la debe buscar en las tendencias esencialmente educadoras de su enseñanza y, sobre todo, de su vida.

Muchos otros son buenos rectores, porque dirigen bien sus establecimientos; muchos otros son buenos profesores, porque enseñan bien sus asignaturas. Pero, sólo él es además buen maestro, porque sabe aprovechar la enseñanza para dar temple a los caracteres, rumbo a los espíritus, finalidad social a la educación.

Para mí, señores, es buen maestro aquel que no espera montarse

a la cátedra para dar lecciones; que las da en todas partes y en todas las circunstancias de la vida, con sus actos no menos que con su palabra; que convierte la instrucción en un medio de educación y que cuando no enseña ejemplariza. Pues bien, señores, así ha entendido su misión educadora nuestro querido maestro, porque nunca le bastó vaciar en la cabeza del estudiante una suma tal o cual de conocimientos, porque a la manera de diestro cirujano, sin abrir los cráneos de los educandos, abriéndoles solamente los ojos, sabe operar en sus cerebros la transfusión del espíritu nuevo, porque siempre tuvo palabras de fuego para estigmatizar la maldad de los poderosos y una bondad inagotable para estimular la virtud, el trabajo y el estudio, y en fin, porque, fuera de las aulas, ha dado constantemente ejemplos que han dignificado el carácter nacional, resistiendo con indomable entereza las hostilidades y los caprichos de gobernantes menguados y prevaricadores.

Señoras y señores:

Honrar una vida tan pura, tan abnegada, tan ejemplarizadora, tan preñada de servicios, tan desinteresadamente consagrada a la ciencia, a la enseñanza y a la patria, es honrar lo que la República ostenta de más noble y elevado, es dar a las nuevas generaciones ejemplos que imitar, rumbos que seguir, ideales que las aparten de las tendencias groseramente materialistas del industrialismo contemporáneo.

Para concluir, permítaseme un recuerdo:

Hace ya algunos años, en la noche del 12 de noviembre de 1872, fui comisionado por una juventud brillante y numerosa para dirigir una palabra de simpatía al rector del Instituto Nacional, contra quien se habían desencadenado, de meses atrás, todas las furias de la reacción. Instado hoy por la dirección del Ateneo, no he querido perder la ocasión que se me brindaba de renovar al viejo y amado maestro, después de treinta años, los antiguos homenajes de profunda adhesión e invariable afecto, haciéndome eco esta vez de 40 generaciones de educandos que en parte principal deben a él la cultura que las adorna y el espíritu que las anima.